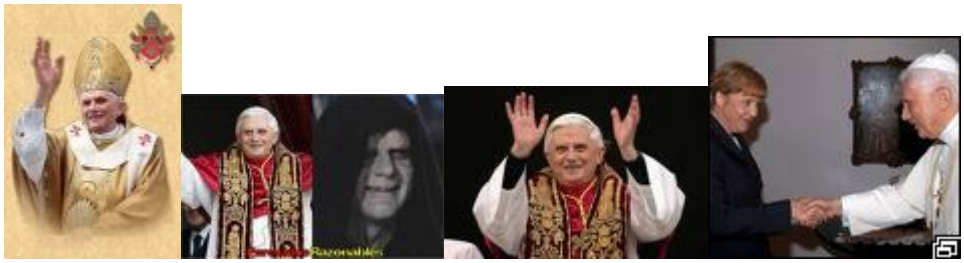
PLEGARIA Y POESÍA POR EL PAPA BENEDICTO XVI



Ora por el Papa. Aquí puedes encontrar algunas , pero haz las tuyas.

Con afecto, Felipe Santos, SDB

ORACIÓN POR EL PAPA RTZINGER

Que su mirada sea siempre humilde y mire desde su trono del cielo a la tierra y de la tierra a ti, Dios;

Concédele todo lo bueno y lo bello, que tú, Creador, conoces, eres y haces, y, si puedo pedir algo absurdo, inventa todavía Tú, y crea algo extraordinario para él:

Papa Benedicto que has sido llamado a la sede de Pedro así como los Santos Apóstoles, Pedro y Pablo están con los ángeles, vestidos de blanco y radiantes de su cristiano Resplandor;

Haz, Señor, que pueda transmitir Tu Belleza y Tu Bondad;

que su espontaneidad esté llena de ti para que desborde de sentido y vida para nosotros;

que su sonrisa se la huella y caracterice la tuya, para que pueda transmitir la alegría en donde hay tristeza y paz en los corazones en los que hay error y horror humano;
Que sus manos puedan bendecir en donde el hombre maldice, bendición que viene de ti, Señor Dios. Bendícelo, Señor al Papa Benedicto XVI
Amén.

Te ruego, Señor, por el Papa Benedicto,
Por su difícil ministerio de ovejas,
En este tiempo tan difícil,
Cuando nuestra oración se hace tibia
Y los atractivos del mundo
Entran en nuestro corazón ;
Te suplico por el Papa Benedicto
En este tiempo de tanta guerra
Y de tanta violencia;
Te ruego por el Papa Benedicto
Cuando el maligno se ceba
contra la Iglesia y su “Piedra” ;
Te suplico por el papa Benedicto

Por su ministerio de ovejas,

En sus difíciles viajes

Para que lleve la paz y la unidad;

Te ruego por él

Cuando parece

que el amor por la Iglesia

debilita y mucho

las pequeñas ovejas sin pastores,

y algunas no lo reconocen ya;

Te ruego, Señor que bendigas al Papa Benedicto

Señor mío, te ruego por el papa Benedicto para que forme parte de mi cuerpo que sufre, que esté en mi corazón en el que hago mi humilde y confiada oración para que tenga la ternura de Pedro y sea testigo de amigos y enemigos, aunque para nosotros no pidamos nada."

Te ruego que sea fuerte en la fe, la esperanza y la caridad, y tu que rostro esta siempre en presencia de él, rostro doloroso y glorioso del Rey del Universo; esta suerte de "vértigo de amor" que parece haber tomado, cuida el lugar de su Estancia: Tú Señor, haz que sus palabras sean tus Palabras y se conozcan como la de "Deus Caritas", y su misión lleve frutos y que la cosecha entre nosotros sea abundante.

El calor de la nieve
La lámpara que mira
En mi habitación,
Ve una garganta roja,
Imagen de un marco,
Parece que las pequeñas notas
Que emite son profundas,
Sabias y me aconsejan a mí;
Me dice: mírate en el cielo
Y verás que está lleno de estrellas
Que observan: son bellas,
Mira los ángeles que se admiran
Y este Dios que prodigiosamente se hace niño;
Mira la tierra, ella
Está llena de nieve, de esa
que no desciende ya en tu ciudad,
el frío blanco y abrigo caliente,
como el Amor, que no tiene temperatura
sino sentido es lo que caracteriza la bondad
que abraza la tierra;
mira todavía, en la ruta,
hacia Jerusalén, blanco,
oculto por el candor de la nieve,
Pequeño- Blanco-Flor-Benedicto
Rodeado de lágrimas reafirma y quema por él;

Curso de que el Dios del Amor
Te ofrece el calor de la nieve
Blancura destilada de lágrimas
Eternas vertidas para ti,
El miedo huye y la confianza viene en tu ayuda,
Sigue a Tu Pequeña –Blanca -Flor
Y encontrarás el calor, descansa en Dios.

TE RUEGO, SEÑOR, POR EL MAESTRO DE MÚSUCA

Te ruego, Señor,

por el sencillo y sabio Benedicto:

como un maestro que dibuja,

nos hace volver a ver nuestros proyectos y tareas, marcada por la inquietud

y mentiras desconocidas que hay que pensar; por el maestro de música que nos enseña la escritura: del corazón al corazón de Dios

sin huella de mentira,

de reservas humanas,

de estúpidas complacencias

haz, Señor,
que nos trace el camino

sin piedras y todo llano
y que haya sólo huellas de amor.

Oración por el Papa Benedicto XVI
Oremos por el Santo Padre, vicario de Cristo en la tierra.

Oración por el Papa Benedicto XVI

Llenos de alegría porque Dios nos ha regalado un nuevo Pastor, el Papa Benedicto XVI, elevamos nuestra oración para pedirle que Él, dador de todo bien, siga velando con amor y solicitud por su Iglesia, de manera que sea instrumento de Salvación para todos los hombres.

Oremos por la Santa Iglesia Católica, para su unidad en torno a nuestro nuevo Pastor, el Papa Benedicto XVI, sea un testimonio vivo ante el mundo de la presencia de Dios entre nosotros.

Oremos por el Santo Padre, Benedicto XVI, vicario de Cristo en la tierra, para que Dios le conceda fortaleza, prudencia y caridad en el servicio a la
Iglesia universal.

Oremos por todos los pastores de la Iglesia: obispos, presbíteros y diáconos, para que sean ejemplo de adhesión incondicional a la Sede de Pedro y su ministerio sea un servicio desinteresado a nuestra Santa Madre la Iglesia.

Oremos también por todos los católicos, para que acojamos con actitud de fe y amor sobrenatural al nuevo Papa, Benedicto XVI, y él pueda contar con la adhesión y fidelidad de todos sus hijos. Con María, oremos al Señor.

Oración por Benedicto XVI

Jesús, único Camino al Padre,

Verdad y Vida del hombre,

tú has prometido guiar a tu Iglesia

hasta el fin de los tiempos,

tú has elegido a nuestro Santo Padre Benedicto

como roca segura y pastor universal,

dale a él la plenitud de tu Espíritu Santo

para que nos confirme en la fe

y nos congregue en el amor y en la esperanza.

Por intercesión de la Virgen Madre,

y unidos con el Sucesor de Pedro,

renuévanos en cada Eucaristía,

para consolar a los perseguidos,

para ser solidarios con los pobres y sufrientes,

para anunciar tu muerte y tu resurrección

a todos los pueblos de la tierra

ORACIÓN POR EL PAPA

Oh Jesús, Rey y Señor de la Iglesia: renuevo en tu presencia mi adhesiónincondicional a tu vicario en la tierra, el Papa. En élTú has querido mostrarnos el camino seguro y cierto que debemos seguir en medio de la desorientación, la inquietud y el desasosiego. Creo firmemente que, por medio de él, Tú nos gobiernas, enseñas, santificas, y bajo su cayado formamos la verdadera Iglesia: una, santa, católica y apostólica. Concédeme la gracia de amar, vivir y propagar como hijo fiel sus enseñanzas. Cuida su vida, ilumina su inteligencia, fortalece su espíritu, defiéndelo de las calumnias y de la maldad. Aplaca los vientos erosivos de la infidelidad y la desobediencia, y concédenos que, en torno a él, tu Iglesia se

conserve unida, firme en el creer y en el obrar, y sea así el instrumento de tu redención. Así sea.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA ELECCIÓN DEL PAPA
Tomada del Misal Romano

Oh Dios, que para suceder al apóstol san Pedro elegiste a tu siervo *Benedicto XVI* como pastor de tu grey, escucha la plegaria de tu pueblo y haz que nuestro papa, vicario de Cristo en la tierra, confirme en la fe a todos los hermanos, y que toda la Iglesia se mantenga en comunión con él por el vínculo de la unidad, del amor y de la paz, para que todos encuentren en ti, Pastor de los hombres, la verdad y la vida eterna. Por Cristo nuestro Señor. Amén».

Sueño de San Juan Bosco: LAS DOS COLUMNAS

(Memorias Biográficas de San Juan Bosco, Tomo VII, págs. 169-171)

El 26 de mayo de 1862 Don Bosco había prometido a sus jóvenes que les narraría algo muy agradable en los últimos días del mes. El 30 de mayo, pues, por la noche les contó una parábola o semejanza según él quiso denominarla. He aquí sus palabras: «Os quiero contar un sueño. Es cierto que el que sueña no razona; con todo, yo que os contaría a Vosotros hasta mis pecados si no temiera que salieran huyendo asustados, o que se cayera la casa, se lo voy a contar para su bien espiritual. Este sueño lo tuve hace algunos días. Figúrense que están conmigo a la orilla del mar, o mejor, sobre un escollo aislado, desde el cual no ven más tierra que la que tienen debajo de los pies. En toda aquella superficie líquida se ve una multitud incontable de naves dispuestas en orden de batalla, cuyas proas terminan en un afilado espolón de hierro a modo de lanza que hiere y traspasa todo aquello contra lo cual llega a chocar. Dichas naves están armadas de cañones, cargadas de fusiles y de armas de diferentes clases; de material incendiario y también de libros (televisión, radio, internet, cine, teatro, prensa), y se dirigen contra otra embarcación mucho más grande y más alta, intentando clavarle el espolón, incendiarla o al menos acerle el mayor daño posible.

A esta majestuosa nave, provista de todo, hacen escolta numerosas navecillas que de ella reciben las órdenes, realizando las oportunas maniobras para defenderse de la flota enemiga. El viento le es adverso y la agitación del mar favorece a los enemigos. En medio de la inmensidad del mar se levantan, sobre las olas, dos robustas columnas, muy altas, poco distante la una de la otra. Sobre una de ellas campea la estatua de la Virgen Inmaculada, a cuyos pies se ve un amplio cartel con esta inscripción: Auxilium Christianorum. Sobre la otra columna, que es mucho más alta y más gruesa, hay una Hostia de tamaño proporcionado al pedestal y debajo de ella otro cartel con estas palabras: Salus credentium. El comandante supremo de la nave mayor, que es el Romano Pontífice, al apreciar el furor de los enemigos y la situación apurada en que se encuentran sus leales, piensa en convocar a su alrededor a los pilotos de las naves subalternas para celebrar consejo y decidir la conducta a seguir. Todos los pilotos suben a la nave capitaneada y se congregan alrededor del Papa. Celebran consejo; pero al comprobar que el viento arrecia cada vez más y que la tempestad es cada vez más violenta, son enviados a tomar nuevamente el mando de sus naves respectivas.

Restablecida por un momento la calma, el Papa reúne por segunda vez a los pilotos, mientras la nave capitana continúa su curso; pero la borrasca se torna nuevamente espantosa. El Pontífice empuña el timón y todos sus esfuerzos van encaminados a dirigir la nave hacia el espacio existente entre aquellas dos columnas, de cuya parte superior todo en redondo penden numerosas áncoras y gruesas argollas unidas a robustas cadenas. Las naves enemigas dispónense todas a asaltarla, haciendo lo posible por detener su marcha y por hundirla. Unas con los escritos, otras con los libros, con materiales incendiarios de los que cuentan gran abundancia, materiales que intentan arrojar a bordo; otras con los cañones, con los fusiles, con los espolones: el combate se torna cada vez más encarnizado. Las proas enemigas chocan contra ella violentamente, pero sus esfuerzos y su ímpetu resultan inútiles. En vano reanudan el ataque y gastan energías y municiones: la gigantesca nave prosigue segura y serena su camino. A veces sucede que por efecto de las acometidas de que se le hace objeto, muestra en sus flancos una larga y profunda hendidura; pero apenas producido el daño, sopla un viento suave de las dos columnas y las vías de agua se cierran y las brechas desaparecen.

Disparan entretanto los cañones de los asaltantes, y al hacerlo revientan, se rompen los fusiles, lo mismo que las demás armas y espolones. Muchas naves se abren y se hunden en el mar. Entonces, los enemigos, encendidos de furor comienzan a luchar empleando el arma corta, las manos, los puños, las injurias, las blasfemias, maldiciones, y así

continúa el combate. Cuando he aquí que el Papa cae herido gravemente. Inmediatamente los que le acompañan acuden a ayudarle y le levantan. El Pontífice es herido una segunda vez, cae nuevamente y muere. Un grito de victoria y de alegría resuena entre los enemigos; sobre las cubiertas de sus naves reina un júbilo indecible. Pero apenas muerto el Pontífice, otro ocupa el puesto vacante. Los pilotos reunidos lo han elegido inmediatamente; de suerte que la noticia de la muerte del Papa llega con la de la elección de su sucesor. Los enemigos comienzan a desanimarse. El nuevo Pontífice, venciendo y superando todos los obstáculos, guía la nave hacia las dos columnas, y al llegar al espacio comprendido entre ambas, la amarra con una cadena que pende de la proa a un áncora de la columna que ostenta la Hostia; y con otra cadena que pende de la popa la sujeta de la parte opuesta a otra áncora colgada de la columna que sirve de pedestal a la Virgen Inmaculada. Entonces se produce una gran confusión.

Todas las naves que hasta aquel momento habían luchado contra la embarcación capitaneada por el Papa, se dan a la huida, se dispersan, chocan entre sí y se destruyen mutuamente. Unas al hundirse procuran hundir a las demás. Otras navecillas que han combatido valerosamente a las órdenes del Papa, son las primeras en llegar a las columnas donde quedan amarradas. Otras naves, que por miedo al combate se habían retirado y que se encuentran muy distantes, continúan observando prudentemente los acontecimientos, hasta que, al desaparecer en los abismos del mar los restos de las naves destruidas, bogan aceleradamente hacia las dos columnas, llegando a las cuales se aseguran a los garfios pendientes de las mismas y allí permanecen tranquilas y seguras, en compañía de la nave capitana ocupada por el Papa. En el mar reina una calma absoluta. Al llegar a este punto del relato, San Juan Bosco preguntó a Beato Miguel Rúa: —¿Qué piensas de esta narración? Beato Miguel Rúa contestó: —Me parece que la nave del Papa es la Iglesia de la que es Cabeza: las otras naves representan a los hombres y el mar al mundo. Los que defienden a la embarcación del Pontífice son los leales a la Santa Sede; los otros, sus enemigos, que con toda suerte de armas intentan aniquilarla.

Las dos columnas salvadoras me parece que son la devoción a María Santísima y al Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Beato Miguel Rúa no hizo referencia al Papa caído y muerto y San Juan Bosco nada dijo tampoco sobre este particular. Solamente añadió: —Has dicho bien. Solamente habría que corregir una expresión. Las naves de los enemigos son las persecuciones. Se preparan días difíciles para la Iglesia. Lo que hasta ahora ha sucedido es casi nada en comparación a lo que tiene que suceder. Los enemigos de la Iglesia están representados por las naves que intentan hundir la nave principal y aniquilarla si pudiesen. ¡Sólo quedan

dos medios para salvarse en medio de tanto desconcierto! Devoción a María Santísima. Frecuencia de Sacramentos: Comunión frecuente, empleando todos los recursos para practicarlos nosotros y para hacerlos practicar a los demás siempre y en todo momento. ¡Buenas noches! Las conjeturas que hicieron los jóvenes sobre este sueño fueron muchísimas, especialmente en lo referente al Papa; pero Don Bosco no añadió ninguna otra explicación. Cuarenta y ocho años después —en A.D. 1907— el antiguo alumno, canónigo Don Juan Ma. Bourlot, recordaba perfectamente las palabras de San Juan Bosco. Hemos de concluir diciendo que César Chiala y sus compañeros, consideraron este sueño como una verdadera visión o profecía.

Juan Manuel de Prada critica el libro

Jesús de Nazaret, de Joseph Ratzinger

EN el prólogo a su más reciente libro, Jesús de Nazaret (La Esfera de los Libros), Benedicto XVI renuncia modestamente a su infalibilidad papal. No desea que su obra, pese a penetrar en el más íntimo meollo de la fe, sea considerado un acto de magisterio, sino «únicamente expresión de un búsqueda personal del rostro del Señor».

En esa renuncia creo que se resume la actitud intelectual de Ratzinger, un teólogo deseoso de confrontar los misterios de la fe con los retos de la razón, deseoso también de incardinar esos misterios en el debate de nuestro tiempo. El libro de Ratzinger está concebido como una refutación respetuosa de los estudios exgéticos que han agrandado la grieta entre el «Jesús histórico» y el «Cristo de la fe».

Para su autor, la fe en Cristo pierde su significado primordial, su razón de ser, si desligamos al hombre Jesús

de la imagen que de Él nos muestran los Evangelios; sin su enraizamiento en Dios, la persona de Jesús se torna vaga, delicuescente, irreal en definitiva. Cierta exégesis -y con ella, la cultura predominante- ha querido convertir a Jesús en un rabí que expone enseñanzas éticas y una teología simplificada con parábolas fácilmente inteligibles. Pero nadie hubiese crucificado a un rabino que relata amenas historias de trasfondo moral; a Jesús lo crucifican porque se declara sin ambages Hijo de Dios.

Jesús no era tan sólo un moralista, ni siquiera el fundador de una nueva religión; el tema más profundo de su predicación es su propio misterio, el misterio del Hijo, que trae el Reino de Dios al mundo, que hace presente a Dios en medio de los hombres. No hay interpretación más traicionera de Jesús -viene a decirnos Ratzinger- que aquella que pretende presentar el todo por la parte; sobre todo cuando esa parte limita y empobrece la figura de Jesús, mutilando su naturaleza.

Jesús no puede entenderse si antes no se comprende su íntima comunión con el Padre. Esta es la tesis última que nos propone el libro de Benedicto XVI, que no es un libro escrito contra la exégesis moderna, sino que por el contrario incorpora sus valiosas aportaciones. Pero la mera aproximación histórica o crítica, desgajada de una aproximación desde la fe, convierte los Evangelios en letra muerta, en un mero repertorio de máximas éticas.

En apenas veinte años tras la muerte de Jesús, las primitivas comunidades cristianas ya habían elaborado una cristología compleja y perfectamente desarrollada, como queda patente en la Carta a los Filipenses. ¿Cómo puede explicarse que grupos todavía pequeños, impregnados de una cultura pagana o inmersos en el judaísmo, integrados por gentes legas en asuntos teológicos, hubiesen alcanzado tal grado de complejidad intelectual? ¿No resulta acaso más lógico y convincente, antes que atribuir esta cristología tan elaborada a una fabricación meramente humana, suponer que su grandeza residía precisamente en su origen, en la

propia figura de Jesús, que había hecho añicos las categorías humanas?

Cuando analiza el pasaje de las tentaciones de Jesús, Benedicto XVI nos brinda la clave para entender la razón de esas visiones limitadoras que prescinden del Jesús de la fe. Y la clave es, a la postre, el núcleo de toda tentación, que no es otro tratar de poner orden en nuestro mundo por nosotros solos, sin Dios, contando únicamente con nuestras propias capacidades, reconociendo como verdaderas sólo las realidades materiales y postergando el misterio, como si fuese algo ilusorio, incluso superfluo o molesto.

En Jesús de Nazaret, mediante una catequesis riquísima en significaciones sobre el Sermón de la Montaña, sobre el Padrenuestro, sobre las principales parábolas de Jesús, sobre las grandes imágenes del Evangelio de Juan, sobre los nombres con los que Jesús se designa a sí mismo, Benedicto XVI nos permite adentrarnos en el misterio del Hijo que viene a traer el Reino de Dios, que Él mismo es ese Reino, encarnado en la frágil sustancia humana. Y lo hace, además, en un estilo frugal, matinal, candeal, de una limpidez que hace de las más arduas cuestiones teológicas un ameno y practicable paisaje.

Cuando cerramos este hermoso libro ya podemos, como Pedro, responder a la pregunta: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?».

ABC